

Paz en su laberinto

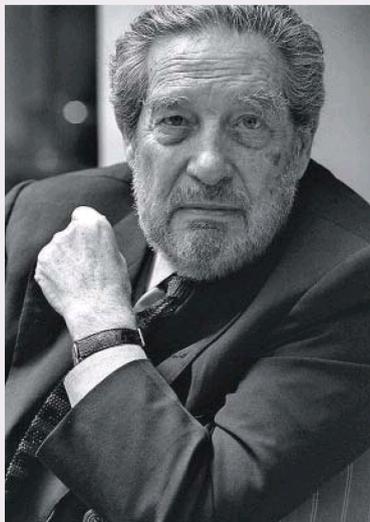
Itinerario poético sirve tanto de introducción como de broche excepcional al universo del Nobel mexicano

Itinerario poético

Octavio Paz
Atalanta. Girona, 2014
215 páginas. 19 euros

Por Luis Bagué Quílez

POESÍA/ENSAYO. BAJO EL TÍTULO de *Itinerario poético* se recogen seis conferencias, hasta ahora inéditas, que Octavio Paz pronunció en el Colegio de México entre el 4 y el 20 de marzo de 1975. La fecha de composición de estos textos coincide con un momento de plenitud creativa, pero también con una etapa de transición entre el cierre de un ciclo y la apertura de un nuevo horizonte, inaugurado con *Los hijos del limo*. En estas páginas se aprecia un movimiento a la vez introspectivo y retrospectivo, pues el Nobel mexicano sondea las aguas subterráneas de las que surge su producción y elabora una densa autobiografía intelectual, trenzada sobre el cañamazo de la oralidad. Las fricciones entre la historia, la ideología y la biografía constituyen el trasfondo de un recorrido que evoluciona mediante avances y retrocesos, más cerca de las escalas del viaje odiseico que de la vía rápida por la que circulan algunos teóricos de la posmodernidad. Con todo, cabe destacar la solidaridad recíproca entre la faceta poética y la faceta ensayística del autor. Como señala en su esclarecedor prólogo Alberto Ruy Sánchez, estas conferencias son mucho más que una gavilla de lecturas comentadas. Los poemas engastados en el discurso irradian, como una fuerza centrífuga, las inquietudes latentes en la trayectoria de Octavio Paz. No



Octavio Paz. Foto: Ricardo Gutiérrez

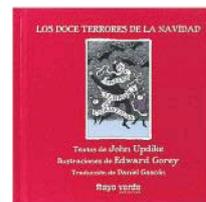
se trata, por tanto, de ofrecer una interpretación de la propia obra, sino de rastrear las conexiones entre lo escrito y lo vivido. Aunque ciertas intuiciones esbozadas aquí se desarrollan en otros trabajos mayores, este volumen contiene un valioso testimonio donde convergen el prontuario de ideas estéticas y el recuento de las cicatrices del siglo XX.

Los tres primeros textos abarcan el

periodo comprendido entre *Ratiz del hombre* (1937) y *La estación violenta* (1958). En estos veinte años, Octavio Paz indaga en las posibilidades expresivas del lenguaje coloquial, se interesa por la presentación simultánea de distintas realidades y funde el subsuelo precolumbino con la superficie moderna. Las

tres conferencias restantes cubren el intervalo entre *Salamanca* (1962) y *Vuelta* (1976). El lenguaje, la naturaleza y el erotismo son los ejes en torno a los que se organiza un proyecto que persigue la ruptura de la linealidad y que encuentra sugerentes puntos de fuga en la concentración de la escritura oriental. Asimismo, el autor suministra píldoras aforísticas ("el dandismo es la estética de la desesperación"), establece un mapa de afinidades electivas (José Gorostiza, René Char, Cortázar) y censura los residuos de una cultura que ha sustituido el fuego ceremonial por el áureo becerro del progreso. Tampoco faltan interesantes apuntes críticos. Después de que Harold Bloom haya caldeado ánimos y levantado ampollas con la enésima proclamación del *nihil novum sub sole*, conviene recordar que Octavio Paz ya advirtió que la literatura rara vez avanza en línea recta, sino que prefiere expandirse a través de senderos que se bifurcan.

Resulta, en fin, muy oportuno el rescate de este *Itinerario poético* en la cuidada edición de Atalanta. He aquí un volumen que tiene la doble virtud de servir como introducción al universo del escritor y como broche excepcional a una de las aventuras artísticas más apasionantes del pasado siglo. ●



La venganza de Mr. Scrooge

Los doce terrores de la Navidad

Textos de John Updike
Ilustraciones de Edward Gorey
Traducción de Daniel Gascón
Rayo Verde. Barcelona, 2014
32 páginas. 10 euros

Por Carlos Zanón

NARRATIVA. LEYENDA APÓCRIFA donde las haya es la que dice lo siguiente. El al desenterrar a Ebenezer Scrooge encontraron algo en los bolsillos de su abrigo: un librito muy parecido a éste. Como un renuncio Galileo Galilei en versión navideña. Sí, me tomo la sopa y ayudo al pequeño Tiny Tim, y cenaré con mi sobrino en Nochebuena pero esto de la Navidad... ¿No os resulta sospechoso? ¡Inquietante! ¿Paparruchas (o no)! La interesante editorial Rayo Verde inaugura colección, Singulares, con esta *delicatessen* navideña. Barata, culta, cuidada y simpática. ¿Qué más puede uno querer para regalar y regalarse? Se trata de *Los doce terrores de la Navidad*. Una lástima que sólo sean 12 porque el libro lo firman dos grandes como el ilustrador Edward Gorey y el escritor John Updike. Gorey es el tipo al que Tim Burton le debe mil cervezas. Excéntrico, tierno y macabro, sus trabajos son personales e identificables. Libros del Zorro Rojo ha editado muchos de sus libros. Updike fue uno de los mejores exponentes de la narrativa norteamericana contemporánea, un centauro de la línea clara y del escalpo profundo sobre la piel y el hueso de la clase media que se embuchaba insatisfecho los sucesivos platos del sueño americano con las salsas de los cincuenta, los sesenta, los setenta y así hasta su colapso y reseteado actual. Como cantaban aquellos: Updike es (casi) siempre magia con precisión y aquí lo vienen sirviendo los últimos años Tusquets y RBA. Gorey y Updike unieron fuerzas y sentido del humor, nostalgia y vinagre para este librito inédito en nuestro país pero que en Estados Unidos vio la luz en 1993. A cada ilustración, Updike se hace preguntas trascendentales: ¿por qué Papá Noel huele a ron? ¿Por qué cobra el paro 11 meses al año? Un tipo sin dirección conocida, de hábitos extraños, se descuelga por chimeneas de honrados contribuyentes dormidos en total impunidad... ¿Qué está pasando entonces con el FBI? ¿Por qué siempre nos queda la sensación de que nos merecemos más regalos de los que tenemos? ¿Por qué nadie mitiga la molicie de la puerta trasera del consumismo: las devoluciones del día siguiente? Updike pone hasta 12 veces el dedo en la llaga: "Hay algo horroroso en un árbol —su aspecto de parálisis múltiple, su aplomo greñado y sin conciencia— cuando te lo encuentras en campo abierto: no digamos ya en el salón". Sí, Johnny, muy bien dicho, dale fuerte hasta la última base. ¿Y qué decir de los villancicos? Ese napalm de la nostalgia que atronando en grandes supermercados nos recuerda lo pesados que se han hecho nuestros corazones desde la infancia. Elfos, renos, la oscuridad del invierno, aquí sólo hay 12 pero podían ser cientos. Pero, qué demonios, feliz Navidad, nadie ha inventado nada tan hermosamente deprimente como ella. ●

Pócima sin colar

Bebiendo directamente del estilo de la Biblia, Gleichmann narra la saga de unos judíos que comienza en el siglo XIII

El elixir de la inmortalidad

Gabi Gleichmann
Traducción de Cristina Gómez Baggethun
Anagrama. Barcelona, 2014
665 páginas. 23,65 euros (digital, 16,14)

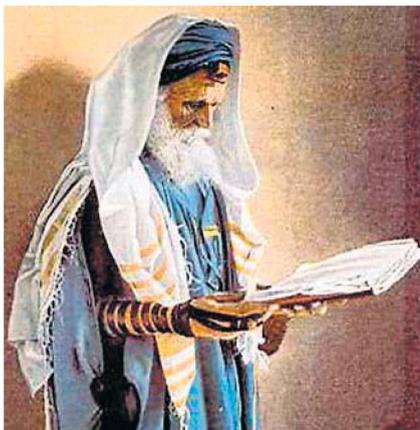
Por Fernando Castanedo

NARRATIVA. EN OSLO, UN ENFERMO de cáncer sin descendencia, Ari Spinoza, se da cuenta de que con él acaba la historia de su familia. Para evitar que caiga en el olvido decide escribir los relatos que sobre ella oyó a su tío abuelo en Budapest siendo un niño. El resultado es *El elixir de la inmortalidad*, la saga de unos judíos cómicamente narigudos y afortunados, pese a sus trágicas muertes, que comienza en el siglo XII en Espinosa —según el libro, el pueblo se encontraba ya por entonces en Castilla y León— y termina en 1999 en Noruega, adonde los padres del narrador emigraron huyendo de la Hungría comunista.

Entre aquellos comienzos en la península Ibérica y su final en la Escandinava, los antepasados del narrador ocuparon cargos importantes en toda Europa. Baruj, el primero, fue el hijo de un rabino que tras un encuentro con el profeta Moisés obedeció su orden

de marcharse de Espinosa para cumplir con un destino superior. Efectivamente, tras varias peripecias llega a ser el médico de Alfonso Enriquez, el primer rey de Portugal.

Más tarde en la genealogía llega el cabalista Moisés de Espinosa, del que se nos dice que fue el autor del *Zohar* o *Libro del esplendor*. Sin embargo, de acuerdo con Gershom Scholem —uno de los grandes



Moisés de León.

especialistas en la cábala—, el verdadero autor fue Moisés de León. Lo cierto es que no queda del todo claro si se trata de una broma, como tampoco sabemos si lo es la preparación de una pócima a base de conejillos de indias en el siglo XII, o el que un Espinosa converso llegue a obispo de Santander en el siglo XV, casi trescientos años antes de que se fundara la diócesis. También puede ser un detalle humorístico que el abuelo del narrador, del que se nos dice que tenía un talento excepcional para las matemáticas, se equivoque en un cálculo tan básico como el del número exacto de antepasados en una determinada generación (página 88), pero más bien parece que, al igual que los anacronismos, se trata de un despiste del autor.

En cuanto a la estructura, el relato sigue un orden cronológico, pero con constantes saltos en el tiempo desde el pasado hasta el presente de Ari en Oslo y al momento en que su tío le contaba las historias en Budapest. A este respecto, por cierto, sorprende la infatigable insistencia en lo buen cuentista que era el tío y la estúpida influencia que supuso para el narrador. A los saltos temporales se suma el recurso de dividir en varios segmentos las historias individuales de los antepasados, lo que acrecienta el fárrago y la sensación de *errabundeo*. En mi opinión, lo mejor de la novela se observa en la sensibilidad con que se describen algunas escenas fantásticas, como los encuentros de vivos y muertos. Aquí, Gabi Gleichmann bebe directamente del estilo de la Biblia y brilla hasta darse un aire, aunque fugaz, al fabuloso *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Potocki. ●